

2014-07-01

Cada generación tiene que crear su propia tradición” Entrevista a Vicente Hernández Ramírez, líder indígena del Guacamayo

Alexandra Delgadillo Méndez

Universidad de La Salle, Bogotá, dadelgadillo@unisalle.edu.co

Follow this and additional works at: <https://ciencia.lasalle.edu.co/bi>

Citación recomendada

Delgadillo Méndez, Alexandra (2014) "Cada generación tiene que crear su propia tradición” Entrevista a Vicente Hernández Ramírez, líder indígena del Guacamayo," *Biodiversidad Colombia*: No. 4 , Article 7. Disponible en:

This Artículo de Divulgación is brought to you for free and open access by the Revistas descontinuadas at Ciencia Unisalle. It has been accepted for inclusion in Biodiversidad Colombia by an authorized editor of Ciencia Unisalle. For more information, please contact ciencia@lasalle.edu.co.



**“CADA GENERACIÓN TIENE QUE CREAR SU PROPIA TRADICIÓN”
ENTREVISTA A VICENTE HERNÁNDEZ RAMÍREZ,
LÍDER INDÍGENA DEL GUACAMAYO**

Una parte fundamental de la biodiversidad colombiana está constituida por la gran diversidad cultural de los pueblos indígenas. Por esto, quisimos compartir la mirada de un líder indígena sobre aspectos como la naturaleza y los retos de su comunidad. Esperamos que esta entrevista sea una ventana para reflexionar sobre las distintas formas de percibir la vida y para valorar la riqueza que se esconde detrás de las diferencias.

Alexandra Delgadillo (A.D.): ¿Quién es Vicente?

Vicente Hernández (V.H.): Mi nombre es Vicente Hernández Ramírez y pertenezco a la comunidad indígena del Guacamayo. Soy del grupo étnico uitoto, del habla *n+pode*, del clan *muidopeye*, que es “pava negra”. Vivo en Araracuara (Caquetá) y llevo diecisiete años trabajando en el Consejo Regional Indígena del Medio Amazonas (CRIMA). Mi objetivo es luchar por la resistencia de nosotros los indígenas, por los resguardos y por la protección de nuestros derechos constitucionales, y ver cómo podemos reorganizarnos después de toda la crisis que se ha presentado por cuenta de los diferentes actores ilegales y legales que han llegado a nuestro territorio.

A.D.: Cuéntenos un poco de esa experiencia.

V.H.: En esta organización inicié en 1995 como secretario general y, después, entre 1999 y 2000, cuando tenía 19 años, fui presidente. Después, guiado por mi abuelo Vicente Makuritofe y por medio del sistema de mambeada y el tabaco, me dediqué a la vida espiritual, para



conocer más a fondo sobre nuestra cultura. Luego volví como fiscal de la organización y, posteriormente, coordiné el proyecto de alternativas económicas con la corporación Ecofondo, en un convenio entre el CRIMA y el Instituto Amazónico de Investigación Científica (Sinchi), en el cual se intentó sacar al mercado ají en polvo, producir la miel de cucuy y experimentar el aceite de guacuri, que son frutas tradicionales. En 2011, estuve trabajando en el Plan Salvaguarda, como coordinador provisional y, como lo mencioné, en el proceso de generar alternativas económicas para la comunidad. He sido gobernador de la comunidad del Guacamayo, secretario de educación del CRIMA y actualmente soy nuevamente gobernador de la comunidad del Guacamayo.

A.D.: ¿Qué es el Plan Salvaguarda?

V.H.: Es una orden de la Corte Constitucional en la que se decreta que el Gobierno nacional debe realizar 34 planes salvaguardas para los pueblos indígenas que se encuentran en vía de extinción (entre ellos, el pueblo uitoto). La idea de esos planes es inicialmente hacer un diagnóstico y mirar la situación actual del conflicto armado en el que se encuentran estos pueblos: por qué se están desplazando las comunidades indígenas, que está pasando con ellos, cuál es su economía, cuál es la problemática de la cultura, del territorio, qué necesitan ellos para fortalecerse, y así evitar que sigan abandonando sus territorios y que se extingan.

A.D.: Además de ser líder en su comunidad, usted es un indígena que se ha destacado por su rol como investigador. ¿En qué consisten las investigaciones que adelanta?

V.H.: He tenido la oportunidad de trabajar con la Fundación Tropenbos en investigaciones relacionadas con mi cultura, haciendo dibujos y escritos, hablando de la biodiversidad, de la relación hombre-naturaleza, de por qué somos indígenas, de qué significa el conocimiento tradicional, el origen de la humanidad o el origen de las capas de la tierra y de la naturaleza.

El director de la Fundación Tropenbos, Carlos Rodríguez, abrió un espacio en el que los indígenas también somos investigadores. Nosotros escribimos y sabemos dibujar, y eso ha hecho que la información

sea más real, ya que es transmitida directamente por nosotros. Los indígenas investigadores no solo escribimos nuestras tradiciones o nuestras costumbres, también las contamos, la explicamos desde varios puntos de vista para que la persona pueda sentir un poco de eso; decimos qué quiere decir lo que estamos escribiendo. Por ejemplo, se cree que un sitio sagrado es la maloca, pero eso no es así; si lo fuera, no la tocaríamos, y en la maloca uno grita, come, hace casabe, y por la noche se sienta a mambear, se refresca el cuerpo, dialoga sobre lo que le pasó en el día, y si está enfermo, se busca la cura. Para nosotros, lo sagrado no es la maloca, este es un espacio de cultura de tradición que nos da identidad. Lo sagrado es el momento de la palabra, cuando se piensa como el creador, cuando se actúa como él, haciendo el bien a todo aquel que está cerca de nosotros, incluyendo la misma naturaleza. A veces podemos explicar y desmentir esas creencias; sin embargo, también hay palabras que nos faltan entender de la biología y de la antropología, y de otras áreas, porque hay palabras en el idioma indígena que uno no sabe cómo decir en español. Nosotros queremos plasmar nuestras propias palabras, ideas y dibujos; queremos expresar nuestra tradición, que ha sido siempre oral, también a través del papel para que se pueda leer, ver y así compartirla con los no indígenas.

A.D.: ¿Cuántos indígenas conforman su comunidad?

V.H.: En 1995 había unas 395 personas (con 120 familias); en el censo poblacional de 2010 la población disminuyó a 180 personas (con 70 familias) y para 2014, que fue el último censo, quedamos 120 personas (con 40 familias) habitando la comunidad. La mayoría está en Bogotá, unos cuantos entre Florencia y Villavicencio y muy pocos en Leticia. La gente ha ido saliendo de la comunidad y no vuelve.

A.D.: ¿Podría contarme un poco sobre la problemática actual de su comunidad?

V.H.: En diferentes épocas, nosotros hemos sido influenciados por factores externos a nuestra comunidad que desarticulan la estructura organizativa. Así, desde la época de la explotación cauchera, adelantada por la Casa Arana (1903-1934), en la que fueron exterminados más de 40.000 indígenas, hasta épocas más recientes, siempre he-



mos vivido en medio de la llegada de distintas bonanzas y procesos externos. Por ejemplo, después del caucho, vino la pesca de tortugas, la coca, la llegada de la guerrilla y del Ejército, y actualmente somos golpeados por la minería. Muchos de estos procesos nos desarticulan, y cada vez que logramos reorganizarnos, llega algo externo que nos desbarata. Desde hace seis años volvieron los mineros y esta vez muchos de los miembros indígenas aprendieron a trabajar esta minería. Esta actividad le está generando un daño muy grave al chorro de Araracuara, que es un criadero de peces, a las playas donde viven las tortugas y ha generado el desbordamiento del río Caquetá. Por otra parte, con la minería ha empeorado el alcoholismo y ha llegado la drogadicción, la prostitución y la contaminación del río Caquetá por el mercurio y el combustible derramado. Parte de mi trabajo es hablar con algunos viejos y pensar cómo hacemos para resistir. Por desgracia, ya han muerto muchos de nuestros abuelos y la fuerza del conocimiento tradicional empieza a flaquear.

A.D.: ¿Hasta dónde coinciden las necesidades culturales del hombre blanco con las necesidades culturales del indígena?

V.H.: El dinero y las cosas bonitas nos enloquecieron a los indígenas, es decir, la Conquista día tras día sigue para nosotros, no termina. El consumismo afecta a todas las comunidades, a todos los pueblos; sin embargo, a nosotros los indígenas esas necesidades creadas nos destruyen más que a los no indígenas, porque a nosotros esas necesidades nos sacan del sitio donde vivimos, acaban con nuestra cultura, con nuestro propio pensamiento y con nuestra tradición; además, por influencia de terceros, terminamos participando en la destrucción de nuestros propios territorios. Ejemplos de esto son el consumo de alcohol, el trabajo de la minería, volvernó políticos, comerciantes y militares, todas ellas actividades que no han formado parte de nuestra cultura. Cuando nos emplean en las diferentes actividades extractivas, la llegada del no indígena viene con la llegada de bebidas alcohólicas, de música, de un sistema económico que no es el nuestro, cosas a las que no estamos acostumbrados, pero que se van volviendo parte de nuestra vida. Queremos los mejores celulares, los apartamentos en la ciudades, hoteles, casa en concreto, nada de cocinar con leña, ahora es tener cilindro de gas, perfumes, arroz, azúcar, los mejores tenis en la selva, la buena ropa, el orgullo de pagar al otro paisano para que le limpie el patio y desyerbe la chagra, es esclavizar al mismo paisano para que le lave la ropa y le prepare la comida. Nosotros no aprendimos a tomar o a diferenciar entre la forma como utilizan los blancos el licor y el efecto de este, el porqué y para qué, aunque uno se da cuenta que el desorden a veces también está entre los que no son indígenas. La gente de centro —es decir, los pueblos indígenas uitoto, andoques, muinanes y nonuyas que manejamos el tabaco (como ambil) y la coca (como mambe), y que estamos cerca de la línea del Ecuador— vivimos cientos de años sin el alcohol; conocíamos la chicha, pero no como medio para emborracharnos. La chicha de milpes, la chicha de chontaduro, la chicha de canagucho y otras son para coger fuerza y trabajar, como alimento por ejemplo la caguana que sirve para un crecimiento sano de nuestros hijos, lo único que es para emborracharse pero de buen conocimiento tradicional es el mambe y el tabaco. Pero ahora, para resistir tomamos bebidas alcohólicas y mambeamos, aunque la tradición diga que eso no debe ser así, muchos lo hacemos directa o indirectamente. Cuando nosotros tomamos y mambeamos a la vez, al otro día amanecemos como si se nos fuera a reventar la cabeza. Amanece un remordimiento por haber desobedecido, pero esto solo

le sucede al que cree y se alimenta del mame y del tabaco. Mi abuelo decía que es porque son dos poderes: la candela del blanco y la del indígena, que se chocan en la cabeza, en el cuerpo el trago es una candela que quema, que enloquece. La coca y el tabaco es una candela que es fría, calma dolores, sana, da sabiduría si se utiliza bien; pero si no es bien utilizada, también puede quemar el pensamiento, todo es bueno a la medida.

Por otro lado, como líder, pienso que como indígena también tengo mis gustos, por ejemplo, enamorarme de una mujer no indígena o de una indígena, tener un carro, un motor, una canoa, escuchar música; estar comunicado en internet, al igual que ver películas y también atender a nuestra tradición, tenemos ese derecho, porque también somos seres humanos. Así como muchos no indígenas se enamoran de nuestra tradiciones, a nosotros nos pasa lo mismo; pero tenemos que enseñarnos, ir aprendiendo con calma sin echarnos la culpa de lo malo que nos pueda suceder, porque al final de cuentas somos hijos de un solo creador y una sola madre tierra.

Es imposible no permearnos de las necesidades de los no indígenas cuando interactuamos y convivimos en muchos escenarios con ellos, cuando vienen a nuestros territorios con sus ideas y proyectos; por eso hay que analizarlos y compartirlos cuando nosotros vamos a sus ciudades. Necesitamos que nos enseñen lo bueno de la ciudad, porque casi siempre conocemos lo malo. Para mí, el reto es poder acceder a esas necesidades adaptadas de los no indígenas, pero sin que esas necesidades afecten nuestra tradición y nuestro trabajo como indígenas.

A.D.: ¿Cuál cree usted que es el camino para que no se extingan las comunidades indígenas?

V.H.: Es importante que no nos manden proyectos solamente, por ejemplo, para construir malocas o para tener motores, sino que construyamos esos proyectos, que interactuemos en los programas y, aunque suene extraño, que haya combinaciones. Aunque no es fácil, es necesario buscar el punto de encuentro.

Es importante hacer un acompañamiento más profundo, que estos intercambios nos permitan desarrollar nuestra propia tecnología, para buscar una mejor forma de suavizar nuestros sufrimientos. Estos



intercambios deben traernos una enseñanza que se ajuste a nuestra cultura y a nuestras necesidades, porque si no es así, siempre nos afectarán lentamente, y aunque nosotros no nos vamos a acabar como humanos, la verdadera personalidad del indígena sí se va a acabar y vamos a ser unos indígenas caprichosos, como decía un abuelo “nos acostumbraron al jabón, al azúcar, a la ropa y ahora no nos lo regalan, sino nos esclavizan para ganar en nombre de nosotros y nosotros por tener esas cosas bonitas hacemos cualquier cosa por fuera de la cultura, entonces para qué nos mostraron eso”.

Fíjese que siempre llega a nuestro territorio una nueva idea y con eso arranca todo. Por ejemplo, con la llegada de la Casa Arana se dice que quienes mataron a los indígenas fueron los peruanos; pero lo que los abuelos cuentan es que los peruanos contrataron indígenas jóvenes de nuestro pueblo, quienes se dejaron convencer, formaron un ejército y ayudaron a capturar al resto de los indígenas, y eran ellos quienes los mataban. Y a partir de allí, la historia se repite una y otra vez. Para nosotros no hay nada nuevo, todo vuelve y se repite, no logramos organizarnos, porque cuando apenas lo estamos haciendo, vuelve otra cosa y nos desintegra. ¿Cómo romper con eso? La tradición y la cultura indígena tienen una fuerza, y esa fuerza está en los

mambeaderos tradicionales, con sus respectivos conocedores, pero parece una escuela aburridora para los jóvenes, y porque no decirlo, algunos adultos en su juventud no aceptaron la mambiada, porque allá no había música, dulces, plata, televisión, licor, ni se podía enamorar a una joven. En este sitio sagrado no existe el orgullo, no hay vanidad, no se debe vivir en el mundo de la ilusión. Allá usted se queda sin ropa, sin zapatos, porque no se recibe plata. Usted anda en el monte, en la chagra, su felicidad y su mundo es otro.

Entonces, la mayoría piensa: “Pero yo qué hago aquí con los viejos, siguiendo la tradición, lleno de yarumos, sin ropa, sin nada”. Y a la tradición hay que quererla. Es como una mujer: hay que enamorarla, y enamorarse de ella para que se quede con uno, y para eso hay que cumplir una serie de requisitos y olvidarse de algunas cosas del mundo no indígena, lo cual para nosotros es muy difícil.

A.D.: ¿Cuál es la visión de su pueblo sobre los animales y las plantas?

V.H.: Las plantas son para utilizarse así como naturalmente lo dejó el creador, como está dentro de la madre naturaleza y no para ser transformadas, ni mezcladas con elementos químicos. Así mismo, se debe tener un trato especial con los animales; por eso, nosotros meditamos para tener una relación con la naturaleza y un control sobre los animales que están ahí.

La naturaleza y los animales son los primeros seres humanos; ellos fueron creados por nuestra misma madre, pero por su desobediencia quedaron como animales. Por eso en los animales está el ejemplo de la maldad y en las plantas también. Así mismo, en las plantas está la cura del error, en lo animales está la cura de la enfermedad, y viceversa.

Todos los animales y las plantas tienen una función dentro de territorio. La función de los animales es alimentarnos a nosotros; pero, a la vez, su función es sostener el ciclo del calendario natural, porque ellos comen, transportan las semillas y siembran. La función de la naturaleza es el mismo conocimiento de ese calendario que hace parte del conocimiento tradicional, porque si no existen los animales, no se va a aumentar el conocimiento tradicional y el conocimiento surte buena energía a las plantas, porque muchas plantas de remedio fueron aparecidas por medio de la palabra del creador, es algo mágico que muchos no creemos, pero las cosas en la selva, si usted tiene fe

y creencia las ve, sino es solo un sueño ciego de nuestros pueblos y nuestra espiritualidad. Nosotros vivimos pensando en cada animal, en su historia. El día en que se acaben los animales, no tendremos nada más de qué hablar. Y al hablar de los animales, también los cuidamos, porque cuidándolos a ellos van a aumentar. Necesitamos de los animales, así como ellos necesitan de nosotros, porque ellos necesitan de nuestras chagras, de nuestras frutas, de nuestros rastrojos y de nuestras meditaciones.

Cada animal, cada pescado, cada quebrada tiene una forma de ser tratado y de ser manejado. Para nosotros, culturalmente el enemigo número uno es el animal, pero eso no significa que debamos acabar con él, sino que simplemente decimos que el animal debe mantenerse donde está y cumplir su función.

Si me encuentro una culebra en el camino, debo matarla ¿Por qué? Porque así es el humano: bravo, no se deja tocar, es malgenioso. Por ejemplo, la guara va a la chagra de uno y se le come la yuca y lo ve a uno y le hace ruidos. La tradición dice que ella está brava porque uno la pilló, y a ella no le da pena sabiendo que se está comiendo la comida de uno; por el contrario, sale brava. Así es el que toca lo ajeno, y aparte de eso se enoja. Entonces, nosotros decimos que el ser humano no es como un animal: no puede ser malgenioso, no puede ser chismoso, no puede ser envidioso, no puede ser tacaño, no debe mezquinar, debe compartir, debe ser servicial con todos, no debe robar, no debe matar. Cualquier persona que actúe mal es un animal, y cuando a los pocos días uno encuentra un animal en su camino y lo mata, entonces uno dice: “Eso es lo que estaba metido en esa persona”, cosas que al hombre no indígena le pueden parecer difíciles de entender. Si usted está de muy mal genio, el animal está dentro de usted; si usted me alega y me alega y yo no le digo nada y me aguanto, esté seguro de que yo voy y me encuentro una culebra y ahí la mato y saco ese espíritu del animal. Eso forma parte del mundo de nosotros. Y ahí uno ve las dos visiones diferentes: el hombre no indígena actual que habla de conservación y nosotros que pensamos que bajo ciertas circunstancias los animales se matan.

También hay animales que no son tan malos; pero uno que sea bueno no hay: cada animal tiene su cosa buena y su cosa mala. Por ejemplo, para nosotros, el tucán tiene una voz muy fina y muy especial. Mientras el tucán está cuidando los huevitos, al tiempo siempre

está cantando, y en la tradición se dice que eso es para enseñarles el canto a sus hijitos desde que son huevos; es decir, el tucán empieza a aprender su canto desde que es un huevito, y por eso tiene una voz muy bonita. Aparte de eso, el tucán, antes de ser tucán, era un hombre viejo que se hizo su brujería y se colocó sus pintas de colores azules y su plumaje. El trabajo se lo hizo para que una muchacha joven que a él le gustaba lo quisiera, porque como él era tan viejo, ella no lo iba a mirar. Entonces, si va y mira al tucán, usted dice: “Qué bonito pájaro”; pero mírelo bien y verá que él es arrugado en su cara. Él es feo.

También hay otro pajarito al que le dicen *uay+ma*, este aprendió muchos idiomas y mucha palabra, y tenía mucho conocimiento, pero cuando llega el creador y le dice: “*uay+ma*, usted que sabe de todo un poco, dígame cuál es su palabra”, el pajarito se queda pensando y le dice: “No, yo no me acuerdo”. Ese animal es un ejemplo para nosotros. Los abuelos nos dicen que es muy bueno aprender muchas cosas, pero que nunca pierda lo que es usted, esa importancia de lo que tiene cada pájaro y cada especie, de la función especial que cumple cada uno.

A.D.: Con respecto a su experiencia personal, ¿cuáles son las diferencias entre la forma en que los no indígenas ven su relación con la naturaleza y la forma en que la ven ustedes los indígenas?

V.H.: En el tema ambiental ahora hay una discusión con Parques Nacionales (por ejemplo, con la ampliación del parque Chiribiquete). En los parques nosotros vemos los intereses de los no indígenas de conservar la danta, el tigre, las borugas, y nos hablan de biodiversidad desde la visión del no indígena y del régimen especial de manejo de plantas, lagos, especies y de la necesidad que hay de conservarlos. Nosotros no vamos a buscar a los animales de los que no nos alimentamos para matarlos; solo lo hacemos si se nos atraviesan. De resto, no. Animales como la danta, los micos, el venado, el cerrillo y el puerco no se comen, porque son animales que tienen lombrices. En cambio, los pescados pequeños, las pavas, algunas hormigas, el mojojoi y las almendras son la base de nuestra alimentación.

Nosotros sí matamos animales, pero para comer, para autosostenernos y con un consumo limitado de carne. Solo cuando alguien viene y dice: “Compro carne de danta o de otros animales”, entonces empezamos a cazar animales y a vender la carne. Si alguien llega y

nos dice que compra borugas, nos vamos a cazar y arrasamos con las borugas, por esa necesidad de la plata. Pero si nadie llegara y estuviéramos nosotros solos, únicamente tomaríamos lo necesario para comer. Esa es la diferencia.

Por eso, en esas iniciativas de conservación se debe tener en cuenta que quienes saben controlar esas plantas y animales somos nosotros, porque ya somos parte de esa biodiversidad que habita en este territorio. Es decir, no solo deben tener en cuenta a los animales y a los árboles, sino también a nosotros. Por ejemplo, en el lugar en el que se va a hacer la ampliación del parque, hay indígenas que todavía no han sido transformados, hay abuelos de nosotros.

Una cosa es la tradición y otra cosa es uno como persona y como líder. Yo soy indígena, pero ya no puedo vivir en el mismo mundo que vivieron los abuelos, porque en ese entonces no había necesidades. Para ellos era diferente. Los abuelos crearon su tradición, como cada generación tiene que crear su propia tradición. Yo le digo a la gente que estoy de acuerdo con que se proteja la zona, porque no sabemos cómo vamos a evolucionar y cómo se van a seguir creando necesidades que antes no teníamos. Qué tal que nuestros nietos decidan vender, con todo lo que les está gustando a los indígenas tener carros, viajar, tomar trago, vivir en apartamentos; de pronto algún día, y a pesar de todo lo que hemos luchado nosotros, sea posible que unos cuantos quieran vender. Por eso, entonces es mejor que se proteja el territorio, siempre y cuando se llegue a acuerdos con Parques Naturales.

En este momento ya existen esos acuerdos, ahora lo que falta es que se cumplan. Nosotros decimos que el proceso con Parques debe ser cincuenta y cincuenta. Nosotros les decimos a Parques que recuerde que esos territorios son de nosotros; pero como no podemos controlarlos por todas las presiones que tenemos en este momento de minería y de extracción, Parques puede ser el único aliado que nos ayude a asegurar esa protección. Por ahora, así quedamos: el resguardo Andoque-Aduche-Araracuara. Toca ver en qué termina con los otros resguardos. Es mejor guardar y proteger para vivir tranquilos.